

artículos

el dialogo y el derecho a la palabra

Este artículo tiene que ver directamente con los derechos del hombre, porque el advenimiento de la palabra manifiesta la soberanía del hombre sobre el mundo desde el mundo. Propiamente hablando la palabra no crea al mundo, objetivamente el mundo ya está ahí. Más bien la palabra se crea a partir de este universo cargado de realidades y hace del mundo un universo a la medida del hombre. El advenimiento del hombre a este mundo y el advenimiento de la palabra se conjugan para que el mundo que se hace al nivel de la humanidad se abra a cada hombre como individuo. Llegar al mundo significa para el hombre tomar la palabra y esto a su vez significa asumir la soberanía sobre las realidades mundanas. Gracias a la palabra el hombre profundamente enraizado por su fisis y su bios a la naturaleza, no se confunde con ella, la tiene en sus manos, puede dominarla, la humaniza. El advenimiento de la palabra significa en suma, una mutación de las condiciones de la existencia del hombre, un remodelamiento del entorno para el establecimiento del hombre. Por esta razón la palabra tiene sentido para el hombre y por lo mismo, el hombre adquiere un derecho.

La Carta Magna sobre los Derechos del Hombre sintetiza en los artículos 18 al 22 todos aquellos derechos que conciernen las facultades espirituales del hombre, tales como la libertad de conciencia, de pensamiento, de creencias; libertad de palabra, de expresión, de reunión, de asociación, etc. Nuestras reflexiones se ubican dentro de este apartado de derechos tan esenciales al hombre. Al leer estos derechos nos damos cuenta que las Declaraciones de los Derechos del Hombre representan un ideal tal como

lo puede concebir una determinada civilización. Pero lo que no dice esta Declaración es que estos principios suponen una subestructura social y humana muy evolucionada y al mismo tiempo muchas implicaciones que restringen considerablemente la libertad por los correspondientes deberes que conllevan estos derechos. El hombre que tiene que cumplir con estos derechos y estos deberes vive, desgraciadamente mientras tanto, en un mundo de limitaciones y de continuas superaciones sobre la miseria misma de nuestra realidad.

Hemos querido abordar el derecho a la palabra bajo el ángulo del diálogo y esto por una razón muy simple, que se habla mucho de diálogo y en situaciones críticas se recurre voluntariamente al mismo como para tratar de resolver malentendidos, superar limitaciones, aclarar situaciones. Esto significa que en cualquier situación política es mucho más fácil recurrir al diálogo que no lo es recurrir a la libre expresión. Esta suele ser de costumbre, en muchas situaciones políticas, muy observada, vigilada y limitada. En cambio el diálogo se mueve a un nivel tan restringido que puede muy bien ser controlado por los mismos elementos que en él participan. Con esto queremos decir ya desde ahora cuán fácil es viciar la realidad misma del diálogo y cuán fácil también abusar de la palabra.

Este artículo se propone hacer unas reflexiones filosóficas sobre la palabra y el diálogo. Queremos dilucidar hasta donde nos sea posible todas aquellas implicaciones de la palabra que se dice al nivel de un diálogo para que precisamente el diálogo

sea posible y una realidad de hecho. Queremos también al mismo tiempo hacer ver que el derecho a la palabra no basta, es algo ideal que en la realidad puede virtualmente y de hecho desvirtuar la palabra misma. Sucede con la palabra algo así como con el derecho a votar. Todo el mundo tiene derecho a votar libremente, pero a algunos se les fuerza a votar por determinada persona y cuando no se puede recurrir a esta artimaña entonces se vicia el proceso de la elección. De igual modo, todo el mundo tiene derecho a expresar públicamente lo que quiere; sin embargo, de antemano se coactan los medios de impresión a determinadas publicaciones y se recurre a medios disuasivos para que, quien se exceda en la expresión vuelva, a los carriles predeterminados. Así, todo el mundo puede entablar diálogo y hacer uso de la palabra en ese contexto tan sagrado; pero ¿quién puede realmente garantizar que el uso de la palabra en ese contexto da como resultado un verdadero diálogo? ¿Qué es pues, el diálogo?, ¿cuál es la realidad del mismo?, ¿qué es y qué no es el diálogo?, ¿cómo establecer criterios y qué criterios establecer para asegurar en la medida de lo posible la realidad del diálogo?

Estas preguntas o interrogantes queremos abordar sucintamente en este artículo. Lo haremos en tres momentos. Abordaremos en primer lugar la **realidad del diálogo** o sea la vinculación de la palabra con la realidad. En otro apartado, trataremos de definir el diálogo por lo que es y lo que no es, para determinar en un tercer período lo que debe ser el diálogo.

La realidad del diálogo

Preguntarse sobre el diálogo es interesarse en la realidad sustantiva de la verdad de las palabras que se pronuncian. Por esta razón hay un binomio, **palabra-realidad**, que constituye la esencialidad misma del diálogo.

Propiamente hablando, el diálogo es una cuestión de **la palabra**. Dialogar es hacer uso de una obra maestra del hombre, la palabra. Pero se trata aquí no precisamente del "logos" que da al discurso, a la reflexión, visos científicos; tampoco se trata de la "parábola" latina que subyace a la "palabra" castiza, por aquello de que la palabra que se maneja en el diálogo no es una imagen fingida de la realidad. Se trata más bien del famoso "verbum" latino, cuya raíz griega nos remite al verbo "eíroo", cuya significación original es "atar", "anudar", "vincular".

Efectivamente, la palabra del diálogo vincula doblemente. Vincula, por una parte, los hombres con la realidad de la que hablan y en segundo lugar, vincula por lo mismo a los hombres entre sí. Hom-

bres, decimos, y no voluntades ni inteligencias. Hombre es decir con el eminente filósofo español Zubiri, ese "animal de realidades", un ser que debe definírsele desde la talidad de su naturaleza física, racional y vital, pero no solamente sino también desde aquello que hace de esa talidad una concreción. Esto es lo que otros filósofos, un Heidegger por ejemplo llama "mundo" y un Marx "historia".

Por esta razón, el fenómeno del diálogo se configura dentro de la tríada **palabra-mundo-hombre**. Esto confiere a la palabra un nuevo contenido y determina por consiguiente el tipo de palabra que sirve para estructurar la realidad misma del diálogo. Efectivamente, por su relación a la realidad o por carencia de esta relación la palabra puede ser "**palabra vacía**" o "**palabra llena**", de acuerdo a Lacan. "**Vacía**" será la palabra que está totalmente desvinculada de la realidad, que constituye al hombre integral. La palabra vacía apuntará a lo sumo a la voluntad del hombre, a sus deseos, a sus proyectos y quién sabe si no también a sus caprichos. Este tipo de palabra anudaría en el mejor de los casos la famosa relación "intersubjetiva" maxscheleriana.

Las palabras vacías pueden acercar a los hombres entre sí con vínculos de efectividad pero muy difícilmente por el compromiso, que solamente lo logra la palabra llena. Por consiguiente, las palabras vacías pueden aportar luz a una situación o claridad a una discusión o tranquilidad a la conciencia, pero muy difícilmente la palabra vacía dará un elemento de solución a los problemas que plantea la realidad que configura la esencia del hombre. Una palabra vacía por no decir **algo dice nada**, es decir, se vincula con lo caótico, lo caprichoso, lo meramente voluntarioso. De todo esto se colige, y por lo que concierne al diálogo, que no basta la palabra para tejer este fenómeno dialogal, es necesario además que esta palabra no sea engañosa, mentirosa o alucinadora. Es necesario, en suma, que se descarten radicalmente las palabras vacías, las que por no tener vinculación alguna con la realidad, con el **algo**, se prestan a toda suerte de manipulación.

Muy diferente es la **palabra llena**. Se trata aquí de una palabra que apunta siempre necesariamente a la realidad concreta, situacional, histórica y, por ende, humana. La palabra llena es una palabra cargada de realidad, es una palabra que en los labios del hombre siempre dice **algo**. La palabra llena habla también por supuesto del hombre, pero desde lo que no es el hombre, desde lo que niega la seguridad de la conciencia del hombre, desde la negación misma de la conciencia cerrada, suficiente, cartesiana. En este sentido la palabra llena es la que saca al hombre de quicio, por la violencia que hace a una conciencia cerrada, satisfecha, individualista. Cuando la palabra

llena habla del hombre, entonces no expresa al hombre solamente sino que le define como acertadamente lo ha hecho Zubiri, "animal de realidades".

El punto de partida para el diálogo no puede ser otro que la palabra llena, porque solamente esta palabra logra vincular a los hombres entre sí pues por ella los hombres se refieren a la propia realidad que les configura y define. Por otra parte, solamente la palabra llena puede garantizar la veracidad de las palabras que se pronuncian en el diálogo. De modo que a través de lo que llevamos dicho, está claro que el diálogo exige un tipo de hombre como el único capaz de integrarlo y este es el hombre de palabra llena.

Lo que es y lo que no es

El diálogo como todo lo que tiene que ver con la realidad no se configura "a priori" desde las exigencias de la persona, desde lo que debe de ser, sino también y originariamente desde lo que es. No cabe duda que toda realidad debe apuntar al deber ser como más adelante lo diremos a propósito del diálogo, pero también es cierto que si no parte de lo que es se cae en el peligro de revolotear en ideas. Ahora bien, el paso de lo que es a lo que debe ser va obligadamente por lo que no es. Por esta razón, es difícil definir lo que es el diálogo sin definir al mismo tiempo lo que no es. Trataremos de ver el diálogo en lo que es y en lo que no es; sin desvincular el es del no es; abordaremos el diálogo en su dialecticidad, sin descuidar la relación lógica que hace del diálogo un es que no puede ser al mismo tiempo un no es.

Sociológicamente hablando intervienen en el diálogo dos personas; una menos u otra más puede reducir el diálogo a su no-seidad. Por otra parte, lingüísticamente hablando, solamente la palabra autoriza al diálogo y finalmente, realmente hablando, solamente la palabra llena confiere veracidad a la palabra dialógica. Por consiguiente, la ausencia de palabra hace imposible el diálogo y la palabra vacía es una negación del mismo aunque no anulación.

El monólogo puede ser un buen ejemplo de aplicación de lo que llevamos dicho. En el monólogo solamente encontramos un individuo; por otra parte, el monólogo carece de palabra aun cuando algunos hablen adrede de "palabra interior". Este tipo de palabra no deja de ser lo que calificaremos de palabra subterránea, palabra sin rostro, palabra totalmente desvinculada de la realidad o por lo menos cuya vinculación es tan exigua, tan opaca, tan dudosa y tan incierta que es difícil enjuiciarla, verificarla. La famosa "palabra interior" es un decirse sí-mismo a sí mismo. Estamos entonces en los límites del sue-

ño, del deseo, del proyecto, de la utopía, enmarcados en el cuadro fenomenal cartesiano de la conciencia cerrada, autónoma y autosuficiente, totalmente desvinculada del mundo de las realidades.

El monólogo es una negación del diálogo, porque ahí no hay palabra o en el mejor de los casos de haber alguna es solamente una palabra vacía. Lógicamente hablando, el diálogo se convierte en monólogo cuando las palabras dejan de referirse a algo, se proyectan hacia el sujeto y proyectan al sujeto mismo, sus deseos, sus teorías, sus ideas. Ahora bien, una palabra que no es de algo sino de alguien pierde hasta su misma esencialidad, adquiere una no-seidad. Aunque sociológica y lingüísticamente hablando, el monólogo es negación del diálogo puede sin embargo mantener su aseidad como negación del mismo por la positividad que lo sustenta, es decir, por lo que el monólogo puede aportar de interiorización de la realidad misma del diálogo. Expliquémonos.

Hemos dicho que el diálogo es una realidad que está hecha de lo que es y de lo que no es. Podemos ver esto de un modo simple al determinar la realidad del diálogo en tres facetas. La primera es lo que llamaremos el primer diálogo. Se trata aquí de un intercambio de palabras etimológicamente claras y gramaticalmente correctas, aceptadas además por la cultura de sus exponentes. Estas palabras lo son estrictamente sólo por la posibilidad que tienen de cargárseles de realidad. Hasta tanto no se las cargue de realidad, las palabras del primer diálogo crean confusión y dan pie a múltiples posibilidades negativas y positivas como el monólogo, la conversación, la elocuencia, etc. Solamente cuando se alcanza el nivel profundo del diálogo quedan superadas todas las negatividades. El segundo momento del diálogo es cuando el hombre cobra conciencia de la vaciedad de la palabra del primer diálogo y trata de cargarla con un falso "algo" que está hecho de conciencia, de deseos, de utopías, de ideas. En una tercera fase, la realidad misma que constituye al hombre como "animal de realidades" cuestiona la conciencia del hombre, entonces solamente el diálogo llega a su más honda realidad, entonces se constituye el diálogo.

Hemos tomado como ejemplo el monólogo y como ejemplo precisamente de negación del diálogo. El monólogo en sí considerado tiene sus propios valores, pero cuando se confrontan estos valores con la realidad quedan negados. En este sentido el monólogo es una positividad-negada. Queda claro que se trata entonces del monólogo que antecede al diálogo o lo reemplaza pura y simplemente. Pero tenemos el monólogo que sigue o puede seguir al diálogo, como una palabra que dice la realidad y que se quiere hacer propia. En este sentido, el monólogo es una ne-

gación por cuanto trato de hacer mía una realidad que no es mía, puesto que no puedo abarcarla ni poseerla en la conciencia. Solamente cuando la negación es negada, es decir cuando se niega la interiorización de las palabras del diálogo y se las retorna a la realidad, entonces solamente se da el compromiso con esa realidad, se da vinculación con la misma y vinculación con el otro. Se da en una palabra, el diálogo.

Queda todavía por determinar sin embargo, si la palabra que se refiere a la realidad lo hace como un **de** o como un **sobre**. Porque hay un tipo de palabra que se vincula con la realidad como un **sobre algo**, se trata precisamente de la palabra que constituye el fenómeno de la conversación.

La conversación señala un fenómeno espiritual aunque no precisamente una comunicación. Sociológicamente hablando intervienen en la conversación más de dos personas. Sin embargo no siempre la presencia de una tercera persona es del orden físico, puede ser puramente presencial. Físicamente puede, por ejemplo, estar ausente una persona del círculo de la palabra que se dice y sin embargo puede estar presente, cuando, por ejemplo, el pensamiento o la voluntad de esta persona hace que las otras dos se refieran siempre a la misma sin poder avanzar por ellos mismos en el sendero de la relación por la palabra. Puede suceder también que la autoridad de una tercera persona físicamente ausente, se haga presente dentro del círculo de la palabra que se dice, hasta hacer de los otros unos meros espectadores de las decisiones y voluntades del ausente. En definitiva, la conversación siempre supone el espectáculo. Si la tercera persona está físicamente presente y no participa en el intercambio de palabras, entonces los otros dos tienen ya un espectador. Pero esta tercera persona puede no ser siempre la misma, puede muy bien suceder que una de las tres personas asuma "a tour de rôle", el papel de espectador. Puede también darse el espectáculo cuando la tercera persona está físicamente ausente, sus determinaciones y voluntades se dicen perentoriamente sin que puedan las otras dos personas avanzar un palmo en la conversación sin tener en cuenta lo ya determinado.

Por otra parte, la conversación se caracteriza por el manejo de un lenguaje que se preocupa de **algo** solamente como **sobre algo**. La presencia física de un espectador hace que los otros dos hablen **sobre algo** y no **de algo**. La ausencia del elemento determinante hace que los otros dos hablen **sobre** lo que el otro ha determinado. Esto rompe necesariamente la dialecticidad. Consiguientemente, la conversación es una no-seidad del diálogo, es una negación del mismo no solamente lógicamente hablando, por cuanto un diálogo puede convertirse en conver-

sación, sino también dialécticamente hablando, como positividad negada. Efectivamente, en la conversación el **algo** se da por supuesto y se habla de aquello que dice algo, es decir **sobre algo**. Por esta razón, en la conversación no son las palabras las que tejen la conversación cuanto los juicios sobre la realidad; no es la realidad la que cuenta sino las personas que la enjuician; no es el **algo** sino las ideas que se hacen de lo mismo. En suma, en la conversación la palabra es ideologizada, porque la realidad es asumida no como es sino como parece ser, como una opinión, como una idea. De modo que la conversación se sitúa al segundo nivel del diálogo, en que se pretende hacer propia la realidad, como dato de la mente, como dato de la conciencia. Por consiguiente no es más la realidad como tal, no es el **algo** lo que prevalece sino el juicio sobre ello. A tal grado que en la conversación la palabra misma puede volverse objeto de conversación, fenómeno constatado muy a menudo cuando las personas pierden contacto con la realidad y se embarcan en discusiones **sobre** la realidad; terminan en discusiones de conceptos y de palabras.

Como podemos fácilmente adivinar, estamos a un solo paso de las fronteras de la estética de la palabra, la palabra como algo bello. Estamos al lindel mismo de otro fenómeno que también es negación del diálogo y que se conoce con el nombre de **elocuencia**.

La **elocuencia** entre todas las formas es la más cargada de negatividad pues en ella se dan los elementos negativos tanto del monólogo como de la conversación. En efecto, sociológicamente hablando, en la elocuencia tenemos solamente un individuo que habla y otros que escuchan. Se da por consiguiente el elemento espectacular propio de la conversación y el elemento monocular del monólogo. Por otra parte, la palabra que se dice en la elocuencia es una palabra subterránea por esta razón que aunque es públicamente pronunciada, sin embargo, solamente puede ser privadamente interpelada. Por otra parte, propiamente hablando, los espectadores y oidores de la elocuencia se interesan menos por el contenido de las palabras cuanto por las palabras mismas, por su estilo y por su riqueza. De modo, pues, que el orador al hablar no lo hace **de** un objeto ni necesariamente **sobre** un objeto sino **a propósito** de tal objeto, tal persona, tal suceso. Puede muy bien el orador por astucia oratoria, dar la impresión de hablar **de** o **sobre** un objeto; de hecho no es esto lo que cuenta sino la armonía y cadencia de las frases, la escogencia de un vocabulario rico en combinaciones de fonemas y monemas. Resulta por consiguiente, que en la elocuencia no hay propiamente hablando uso de la palabra sino abuso de la misma, a tal grado que en este fenómeno se llega a desvirtuar la esencia misma de la palabra.



La elocuencia es un fenómeno netamente subjetivo. Hemos dicho que el orador puede muy bien dar la impresión de manejar palabras llenas, pero de hecho estas palabras apuntan a una realidad de antemano escogida por el orador mismo, para dar cabida a la palabra que él pretende usar con el propósito de cautivar la atención. No es pues la realidad la que determina el valor de las palabras, es la escogencia de las palabras la que determina definitivamente la realidad apropiada. De modo que a partir de esta subjetividad fundamental el fenómeno de la elocuencia está completamente plagado de subjetividades. El orador manipula la realidad y manipula la palabra. Su objetivo es impresionar, hipnotizar al público con el uso casi "mágico" de la palabra.

Sin lugar a dudas que un diálogo puede convertirse en elocuencia, cuando precisamente una de las partes o las dos pretenden simplemente impresionar al otro, cuando se ha escogido arbitrariamente la realidad que servirá de trasfondo al lenguaje, cuando son las palabras las que cuentan, cuando estas palabras han sido aprendidas de antemano y sea cual fuere la circunstancia de su pronunciación no cambian en absoluto. En definitiva se abusa de la palabra, totalmente desvinculada de la realidad.

Lo que debe de ser

Hasta ahora hemos reflexionado sobre el diálogo desde el binomio **palabra-mundo**. Debemos integrar ahora este binomio dentro de la tríada **palabra-mundo-hombre**. Efectivamente, no solamente la realidad ni los dos a la vez, también está implicada en el

diálogo la persona humana. Esto nos autoriza a hablar de un **deber ser** del diálogo, de las exigencias que constituyen este fenómeno de la palabra desde la singularidad de este ser que por la palabra se compromete en la realidad y que por ello hemos calificado de "animal de realidades", hombre, persona humana.

Tomar la palabra es una tarea maestra del hombre, pues por ella el hombre no solamente pronuncia su ser íntimo sino que se pronuncia él mismo. Tomar la palabra significa que el hombre conoce algo y por lo mismo sabe asignarle el nombre correspondiente. Tomar la palabra resulta por consiguiente desde el confronte del hombre con la realidad, una realidad en la que él mismo está implicado, una realidad que es su propia situación, una realidad que es, en una palabra, realidad humana. Y este es precisamente el primer deber-ser del diálogo, **una realidad humana**.

El hombre que calla, que no pronuncia palabra en una determinada situación en la que está englobado, es un hombre que manifiestamente ha perdido contacto con la realidad, es un hombre-encaracolado, un hombre que ha pasado al reino del monólogo como negación total del diálogo o al reino de la conversación o al reino de la elocuencia en el peor de los casos. No tomar la palabra es negarse a aportar conciencia, definición y compromiso. No tomar la palabra es negarse a sí mismo como ser-de-realidades, para obedecer solamente a los proyectos propios, a los caprichos, a los sueños. Negarse a sí mismo es también por consiguiente, negarse a los demás

como personas humanas.

El diálogo debe-de-ser una palabra real, una palabra que al decirse sea expresión de una realidad de la existencia del hombre que la pronuncia. El diálogo debe-de-ser una palabra totalmente ajena a lo postizo, no tiene que ser una palabra extrañada, sino una palabra propia y apropiada a la realidad que se vive. Solamente esta palabra puede hacer del diálogo una realidad humana, porque precisamente el hombre se construye en su dignidad de persona humana desde las concreciones mismas de su propia realidad. La realidad hace al hombre y el hombre hace la palabra para manifestarse él mismo desde su propio origen.

Cuando el hombre pierde contacto con la realidad y sin embargo se atreve a hablar, su palabra no puede menos que ser engañosa y mentirosa. El hombre que "dialoga" a espaldas de la realidad no puede menos que enmascarar la realidad con palabras de conversación, de monólogo o de elocuencia. La palabra vacía de realidad que teje abusivamente el diálogo, es una palabra que el hombre llena fácilmente con sus propios proyectos, con sus propias ideas si no con sus propios caprichos. De modo, pues, que la palabra mentirosa en el diálogo no consiste en decir algo en contra de la verdad, como si ésta fuera una entidad abstracta o perfecta. La palabra mentirosa en el diálogo es la que niega la realidad misma, la traiciona, la desvirtúa, la manipula o la distorsiona. Y esta mentira es una traición misma al diálogo como realidad humana.

Efectivamente, lo que miente en un diálogo no son las palabras ni los vocablos sino el hombre que las pronuncia. Y esta mentira nace precisamente porque el hombre se niega él mismo como hombre de realidades, se desarraiga de su concreción, de su propio ser, de su humanidad original y de su personalidad histórica. Mentir en el diálogo es traicionar al hombre mismo, su humanidad y su personalidad. Decir una palabra llena significa querer encontrar al otro, reafirmando como tal. Y aquí nos encontramos con un segundo **deber-ser** del diálogo.

Por su esencia misma la palabra no es lote de ninguno, la palabra es de todos. En consecuencia por su esencia misma la palabra realiza un encuentro de todos aquéllos que hacen uso de ella y por esta razón el diálogo debe ser un **encuentro**.

De suyo ningún hombre inventa su lenguaje. Antes del diálogo está la palabra y antes de la palabra está el hombre. En este sentido la palabra está al servicio del hombre. Pero la realidad del hombre es del orden de la totalidad, con lo cual la palabra que sigue al hombre es también al mismo tiempo una pa-

labra asumida por él mismo como palabra del hombre total. Cada hombre que toma la palabra asume una herencia cargada de cultura y de pasado, un pasado humano que posibilita precisamente el encuentro con este otro humano que dialoga. El diálogo es un encuentro porque precisamente es una cuestión de palabra y la palabra es una cuestión del hombre.

El diálogo como un **deber-ser-encuentro** implica necesariamente que las partes comprometidas en el uso de la palabra se atengan a una palabra común, pues desde el momento que una de las partes del diálogo se aferra a su propio lenguaje dándole sus propias significaciones y sus propios contenidos no hay posibilidad alguna de encuentro. El caso más comúnmente conocido es el lenguaje científico. Cuando dos científicos entablan una conversación sobre un tema común pero cada uno de ellos desde su propia especialización, con su propio lenguaje y con palabras cargadas de contenidos diferentes es prácticamente imposible que haya un encuentro de ambos por la palabra. Igual puede suceder, por ejemplo, cuando hablan dos personas cuya existencia está marcada por una determinada formación unilateral. Pongamos por caso un militar y un clérigo. No habrá verdadero diálogo entre ellos si no hay encuentro, y no hay encuentro mientras cada uno cargue las palabras que usa de contenidos diferentes y se aferre al uso de vocablos que solamente cada uno de ellos maneja con destreza desde su propia formación.

Un lenguaje común, una palabra común es la que favorece el encuentro. Pero hay otra forma de desvirtuar el encuentro y esto sucede aun cuando la palabra sea común, precisamente si una de las partes que dialoga interpreta a su modo la palabra de la otra. La palabra es común no en cuanto a que pertenece al diccionario de la lengua que ambas partes usan, sino cuando los contenidos de realidad son comunes. Y con esto llegamos de nuevo a la obligada referencia a la realidad. Porque la verdad es que la palabra deja de favorecer el encuentro cuando las partes humanas obligadas en el diálogo apuntan a realidades diferentes o a diferentes órdenes de realidades. No queremos repetir lo mismo, pero ciertamente no hay encuentro alguno entre los hombres por medio de la palabra si la palabra es vacía, porque de ser así lo único que tendremos es la famosa "intersubjetividad" maxscheleriana, relación de conciencias.

La palabra que favorece el diálogo y hace del mismo un encuentro, es la palabra llena, la palabra cargada de realidad, la palabra que se interesa en la realidad configurativa de la esencia misma del hombre. En suma, solamente la palabra llena puede hacer del diálogo lo que debe de ser, un encuentro:

porque solamente esta palabra se realiza en su propia esencia que es ser-para-el hombre y solamente esta palabra realiza el diálogo que es un encuentro del hombre. Ahora bien, no hay realmente encuentro entre los hombres por medio de la palabra cuando las palabras mismas se tornan objeto del hablar, como suele suceder en las conversaciones científicas o también, cuando las palabras transmiten modos de concebir la realidad, es decir, ideologías, y no la realidad misma.

Lo que llevamos dicho hasta ahora es suficiente como para darnos cuenta de un fenómeno característico y que concierne a la palabra. Se trata de que el hombre al dialogar se pone en necesaria vinculación con la realidad que configura su existencia, no la de sus antepasados sino la existencia del hombre de hoy que él mismo representa en el diálogo. Por consiguiente, al emprender el diálogo el hombre no solamente hace uso de la obra maestra de tomar la palabra sino que él mismo se constituye en maestro de la palabra por esta razón, que el hombre al dialogar tiene que reinventar prácticamente su vocabulario, tiene que recrear las palabras. Ya lo hemos apuntado más arriba, las palabras del diccionario son puros testigos mudos de situaciones pasadas que les dieron vida. Esas palabras fueron dialogales para su tiempo y por esta razón los hombres de entonces las inventaron, las crearon o las recrearon. Las palabras, el diccionario nos las ofrece a cada uno de nosotros como la más próxima posibilidad de servirnos de ella; porque la creación de las palabras para el diálogo no implica necesariamente creación de nuevos monemas y fonemas, más bien significa que los mismos fonemas y monemas pueden servir con tal de que se les cargue con los contenidos de la realidad que ahora y aquí configuran al hombre que dialoga. En suma, y para volver al diccionario, las palabras de un diccionario se están continuamente haciendo; las que están escritas en el diccionario representan un arsenal de material pasivo, testigo de un pasado, pero con posibilidad de reactivar en el presente. Reactivación que solamente es factible cuando estas palabras vuelven a entrar en contacto con la realidad que le dieron vida, no precisamente con el pasado de esta realidad, sino con la realidad simplemente, por consiguiente, con la actual, la única realidad que realmente puede reactivar las palabras del diccionario.

Aquí encontramos otra dimensión del deber-ser del diálogo. El diálogo nos obliga a actualizarnos para actualizar las palabras. La **actualización** no es otra cosa sino ponerse en consonancia con el tiempo que vivimos, con los problemas y las soluciones que esta realidad de ahora y aquí nos plantea y nos propone. En suma, la **actualización** como un deber-ser del diálogo nos lleva a una dimensión existencial que

no es otra sino que el hombre se ponga en consonancia consigo mismo. Esto se logra cuando el hombre logra consonancia con su realidad, no la que él elige o la que él prefiere como categoría mental, sino la suya, es decir, la que ahora y aquí constituye su propia esencialidad, su propio ser-hombre.

Todo esto redundando en la importancia que tiene para el diálogo la **autenticidad**. El diálogo exige que el hombre al hacer uso de la palabra no abuse de ella, no la enmascare, no le haga perder la vena de su propia vitalidad que es la realidad, no la ideologice. El diálogo debe-de-ser auténtico. En modo alguno se puede manejar en el diálogo un lenguaje formal tal como puede ser el lenguaje de las matemáticas, de la química o de cualquier otra ciencia exacta. El lenguaje del diálogo no puede ser sino un lenguaje de palabras cargadas de realidad humana. Sin embargo, puede suceder que en el diálogo se carguen las palabras de contenidos tan desarraigados de la realidad que se vive, que dichas palabras aunque suenan al oído como comunes y corrientes, en la práctica se asimilan al lenguaje formal pues únicamente dicen lo que el hombre quiere y no lo que ellas deben decir.

La autenticidad nos obliga a tener respeto de la realidad, y por consiguiente también del hombre. Solamente en la medida que nuestras palabras traducen la realidad pueden ser consideradas como palabras que tejen un lenguaje auténtico. Sin embargo, la autenticidad implica además, como lo hemos dicho, un respeto del hombre mismo, que no podemos desvincular de la realidad. Por esta razón debemos considerar como lenguaje totalmente inauténtico aquél que se usa para imponer la voluntad de uno en el contexto del diálogo. Se trata de lo que calificaremos de "lenguaje familiar", un modo de hablar codificado que es aceptado por un tácito acuerdo general. En este caso lo que prevalece son las reglas del juego aceptado por consentimiento tácito general, las palabras no intervienen sino para manifestar según los casos estas reglas generalmente y tácitamente consentidas. Casos comúnmente conocidos de este tipo de lenguaje es el lenguaje de los militares, donde la obediencia absoluta debida al jefe superior es tal que las palabras no sirven más que para poner en vigencia esta regla de juego militar. Cuando en la milicia un jefe superior habla, los inferiores escuchan. Tal es la regla del juego y aquí no hay cabida para el derecho que los inferiores tienen de hablar, porque en este caso se supone que quien conoce la realidad es el jefe superior, no porque es hombre sino porque es jefe. Manifiestamente aquí no hay autenticidad, por la sencilla razón de que en la realidad no hay lenguaje ni palabras de jefes sino de hombres y en este sentido cualquier inferior es capaz de conocer la realidad. Sólo que para dar vigencia al lenguaje militar las reglas del juego de la milicia estipulan que es ne-

cesario esconder a los inferiores la realidad y solamente hay que develarla gradualmente de acuerdo al grado que se tiene en la milicia. Por demás está decir que para dar vigencia al "lenguaje familiar" es necesario también asumir la realidad no tal como es sino tal como se la presenta, para que sea posible la realización de las leyes del juego de tal o cual grupo.

Le hemos llamado "lenguaje familiar", porque este tipo de lenguaje es el que generalmente existe en el seno de una familia, donde tradicionalmente papá tiene razón y nadie le discute. Sabemos las escenas que causan los hijos cuando se atreven por primera vez a manifestar su discrepancia con sus padres. En el seno de una familia se supone que papá por ser el más grande y el de más edad conoce más la realidad, los demás solamente la conocen según sus capacidades y sus edades. Todo esto forma parte de las reglas de juego de una familia tácita y generalmente consentidas por todos, hasta tanto que no sean contrariadas por alguno de ellos.

Por esta razón, la autenticidad del diálogo depende de tres factores, en general. En primer lugar de "quién" dice la palabra: ¿se trata del hombre de todos los días o se ha disfrazado de algo para venir a hablar? Puede disfrazarse de su título, de su cargo, de su ciencia, de su ideología, de su poder; al hablar ¿se está jugando su propia existencia o está jugando con ciertas reglas de juego generalmente consentidas y tácitamente aceptadas? La autenticidad del quien se mide, en suma, por la personalidad que pone a sus intenciones y a sus palabras. En segundo lugar está el factor "otro": auténtico es el diálogo cuando yo admito que conmigo está otro, es decir, alguien que como yo tiene derecho a la palabra porque conoce también como yo la realidad en que ambos vivimos; otro es aquél que se le escucha en el diálogo como alguien que tiene derecho a pensar diferente de mí y cuyas palabras están también cargadas de realidad. En este sentido, es auténtico el diálogo cuando se escucha la palabra del otro desde el otro, desde la singularidad que es el otro sin sometimiento alguno a ninguna regla de juego que coacte la personalidad del otro. Otro es aquél que tiene algo que decir, es hombre y habla desde la realidad que le configura en su propio ser-hombre. En tercer lugar tenemos el factor "algo": es el tercer factor para la autenticidad. Auténtica es la palabra que traduce realmente su contenido, no contenidos de la mente ni de utopías ni de voluntades; es la palabra que está cargada de la realidad y que actualiza y la hace presente en el encuentro de dos hombres. Esto no se da sino cuando de hecho los participantes del diálogo están comprometidos en la realidad.

Con esto llegamos a un último deber-ser del diálogo que queremos señalar aquí, se trata del diá-

logo como **compromiso**, ápice de la autenticidad. El diálogo mismo debe ser un compromiso en el sentido pleno de la palabra, es decir, no solamente porque los que participan del diálogo tienen que estar comprometidos en la realidad que viven y en la que existen para que sus palabras sean realmente palabras de diálogo, sino en el sentido más estricto, porque las palabras que pronuncian en el diálogo son ellas mismas **obras, que-haceres**, en suma, **compromisos**. De hecho las palabras son realmente dialogales cuando obligan a quienes las pronuncian a pasar a los hechos, por el contrario no hay diálogo sino conversación o elocuencia a monólogo. El diálogo debe ser un compromiso con la **realidad** —compromiso objetivo—, con el **otro** —compromiso personal—, **consigo mismo** —compromiso subjetivo. Como compromiso objetivo, el diálogo confiere a las palabras veracidad; como compromiso personal, el diálogo da a las palabras autenticidad y, como diálogo subjetivo, las palabras son asumidas como algo propio, como identificación de mí mismo.



El derecho de hablar y el deber de decir la verdad.

Concluimos nuestras reflexiones sobre el diálogo. Tenemos un derecho a hablar que la Carta Magna sobre los Derechos Humanos proclama solemnemente. Hemos querido enfatizar a lo largo de nuestras reflexiones que este derecho, como derecho, es un ideal, pero como realidad no parece ser tan claro. Son múltiples las limitaciones que hacen de este derecho un hecho tergiversado, engañoso, enmascarado. Nuestra última reflexión va en torno al deber que el derecho en la Carta Magna no apunta, pero que da por supuesto. El deber de decir la verdad.

Somos capaces de hablar, podemos usar la palabra para engañar, por esta razón hay un imperativo: hay que decir la verdad. Pero ¿qué significa decir la verdad? Ante todo, parece claro que no se trata de una cuestión meramente intencional. Más allá de la intención está el conocimiento de la realidad y, más allá todavía, el compromiso con la realidad. Entonces resulta que decir la verdad no es solamente una cuestión metafísica, ni simplemente una cuestión ética, es también, y no puede ser de otra manera, una cuestión histórica. Por esta razón, decir la verdad es una cuestión muy compleja, y tanto más cuanto más compleja es la realidad que configura al hombre desde su talidad y desde su historicidad.

Por lo que concierne al diálogo, decir la verdad, y esto vale en absoluto, consiste en que hay que expresar lo real con las palabras. En esto consiste hablar con verdad. La palabra justa para decir la verdad es por consiguiente la palabra llena. Buscar

la palabra justa en el diálogo no consiste en buscar la palabra que se ajuste a mi modo de pensar sino la que se adecúa a la realidad expresándola. Igualmente verdadera es la palabra que, al mismo tiempo que guarda relación directa con la realidad respeta al otro como otro. En este sentido, la palabra que halaga al otro, encubriéndolo de un caparazón para inclinarlo en favor mío, es una palabra falsa. Lo mismo es la palabra que finge y la que vanagloria, como lo es también la palabra que se impone con autoridad sin respeto al otro como otro. Pero es falsa también la palabra que niega todo en nombre de la verdad o que apunta a obtener todo en nombre de la misma. Usar la verdad como cebo es hacer de la palabra una trampa.

Verdadera es siempre la palabra de un hombre, nunca la palabra en sí misma. Verdadera es la palabra del hombre cuando éste no se acomoda a la realidad sino que vinculado a ella la transforma, porque inherente a la realidad está su historicidad, es decir su actividad, su dinamismo, su fuerza creadora y transformadora. Veraz es la palabra del hombre que no se aproxima a la realidad sino que la asume en sus propias manos con la responsabilidad de quien se compromete en ella. Veraz es la palabra del hombre que está dispuesto a decir al otro una palabra que sea portadora de algo, única garantía de evitar engaños.

Veraz es la palabra del hombre que sabe que tiene un derecho inalienable para usar de la palabra y por lo mismo la usa de verdad para la verdad.

San Salvador, 22 de septiembre de 1977.